

Los relatos de Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo y los de otros cronistas nacieron con la finalidad de testimoniar sus acciones en América². Por eso es que adquiere importancia para ellos la figura del alocutario, el lector de sus obras, que justificará su tarea de escritura. A su vez, conscientes de que ellos no son hombres de letras, tendrán en cuenta modelos discursivos anteriores que legitimen sus obras frente a ese receptor. Es decir que, aunque no maneja-

1- Este artículo está dedicado a la memoria de mi hija María Florencia y de la Dra. María Cristina Gil de Gates. A las dos, gracias por tanto en tan poco tiempo

2-Las crónicas de la Conquista nacieron como obras no literarias. Estaban destinadas a ser leídas por los contemporáneos de los cronistas y eran un testimonio de lo ocurrido durante la conquista en el Nuevo Mundo. Sus autores, generalmente militares o religiosos, eran conscientes de que sus escritos no pertenecían a la institución literaria y de que ellos mismos no eran hombres de letras.

Walter Mignolo (1981) se centra en esta cuestión y señala que en la época anterior a la Edad Moderna la historiografía y la retórica estaban estrechamente unidas, por lo que resulta tan dificultoso definir a las crónicas como pertenecientes a uno u otro género. Este estudioso analiza las crónicas en relación al tipo discursivo historiográfico y opina que muchas de ellas se inscriben explícitamente en éste por dos particularidades: el criterio de verdad, que se apoya sobre lo visto y lo vivido, y la importancia que se le otorga a la línea temporal. Sin embargo, en los cronistas se evidencia un conflicto entre su rol social (descubridor, soldado) y su rol textual (historiador, escritor) nacido de la conciencia de que sólo los hombres de letras podían escribir historia. Este es un aspecto que, junto con el estilo coloquial y la cercanía de los hechos narrados con el hecho de escritura, aleja a las crónicas de lo estrictamente histórico.

Por otro lado, Pedro Henríquez Ureña (1966) sostiene que las crónicas de la conquista son los textos fundantes de la literatura iberoamericana porque con ellas se inicia una larga tradición literaria basada en la temática de la naturaleza y el hombre.

ron intertextos con respecto a los temas de sus relatos debido a la extraordinaria originalidad que la realidad americana les ofrecía, sí lo hicieron en cuanto a la estructuración de sus relatos y a la configuración de sus héroes. Los cronistas entienden que el hecho de escritura comunica, vale decir que establece una relación entre alocutor y alocutario y de esa manera el texto se convierte en un medio, en un instrumento. El tipo de relación que se establezca entre ambos depende de las características del mensaje que se trasmite. En este caso, se asimila el mensaje a otros discursos literarios ya conocidos por el receptor y se lo enmascara a través de ciertos recursos que suponen un código compartido por cronistas y lectores.

La llegada del europeo a las tierras americanas responde a los motivos de una época, que se puede definir como la transición entre la Edad Media y el Renacimiento. Es por esta causa que tanto Cristóbal Colón como Hernán Cortés son hombres fronterizos, aunque se pueden apreciar diferencias entre ambos.

En Colón se advierte una mentalidad absolutamente medieval. En su relación con las esferas humana, divina y natural está presente el ideal teocéntrico característico de la Edad Media pues para él es más importante su relación con Dios que con los hombres, lo que explicita en sus escritos al nombrar a los doctores de la Iglesia y al invocar a Dios, y al considerarse él mismo como un enviado divino o un profeta, según las relaciones de su cuarto y tercer viaje. Sus creencias y sus lecturas influyen mucho en sus interpretaciones porque adapta lo real a sus expectativas.

En la figura de Hernán Cortés se advierten rasgos que lo acercan más al ideal de hombre moderno, ya que demostró ser muy astuto, no sólo al mantener a sus soldados unidos, sino también al conseguir, al menos, una lealtad pasiva de los indígenas dominados. Cortés reunía todas las cualidades militares de un caudillo, era permeable a los cambios, diplomático, independiente y, a la vez, leal para con el rey; y, lo que es más destacable, tuvo una conciencia política e histórica de sus propios actos.

La figura del conquistador, que se consolida con el texto del mismo Cortés, *Cartas de relación de la conquista de México*, adquiere un valor mítico similar al de los héroes épicos medievales³. El conquistador encarna el imaginario social porque es un héroe íntegro que no tiene conflictos interiores y que concentra los ideales que surgen del universo medieval: la lectura de las crónicas permite asignar a la conquista española un carácter de verdadera cruzada, en la que se mezclan tanto el celo religioso como el afán de gloria militar y de botín.

La representación del mundo que presentan la crónica de Cortés y la de Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, es semejante a la que se da en los cantares de gesta: el mundo aparece como un sistema en el que se oponen el bien y el mal. El primero está representado, por supuesto, por el rey español y su cohorte de caballeros cristianos; mientras que el segundo, abso-

3 -C. Bowra (1961) analiza minuciosamente las características de los héroes épicos de todos los tiempos y de todas las literaturas. En su texto, *Heroic Poetry*, concluye que las acciones relatadas en la épica tienen como principal objetivo presentar las cualidades de un hombre que sobresale entre los demás por su coraje, su arrojo y su honestidad. El culto del honor, directamente asociado al valor en las batallas, es uno de los aspectos más relevantes en la figura del héroe.

lutamente necesario para que exista el bien, lo conforman los "infieles". En la épica castellana, el mundo bárbaro y diferente es el de los moros. En el caso de las crónicas de Cortés y de Díaz del Castillo, el enemigo no-cristiano es la civilización azteca.

Esta concepción del mundo dividido en dos mitades opuestas obliga a ver a los "naturales", como denomina Cortés a los indios, como a un otro distinto y diferenciado, cuya cultura enemiga atenta contra Dios y contra el rey. De este modo, los conquistadores, al igual que los héroes de la Reconquista, no tienen dudas en su accionar y son básicamente ordenadores del mundo (**Bowra, 1961**). Los héroes cristianos solucionan los problemas, no borran el mal sino que lo ponen en su lugar. Así se justifica la lucha y la conquista.

Como ya mencionamos, tanto Colón como Cortés atienden a modelos discursivos anteriores al encarar el hecho de escritura para describir la realidad americana. Así se demuestra que a los cronistas les interesa no sólo el hecho de producción del texto sino también el de su recepción. De ahí que elaboren sus relatos sin olvidar ciertos rasgos o estructuras discursivos considerados legítimos para que los destinatarios interpreten sus obras, tales como la narración, la descripción, la metáfora y la exaltación del héroe y su mundo. De esta manera, los relatos de Colón y de Cortés retoman y consolidan un modelo discursivo previo: la empresa triunfante. Son el "mito" de la conquista en el que la acción es entendida como un proyecto épico que implica la dominación. Este proyecto es de carácter militar y se sirve de algunos elementos, como las armas y los caballos (mágicos para los indios), que ayudan a configurar la imagen de "dios" del hombre dominador. Este tipo de discurso consagra la existencia de un lugar maravilloso, fuera de la realidad, que tiene que ser conquistado, y la figura de un héroe cuyo modelo es Hernán Cortés, que reúne todas las características caballerescas del héroe épico de los cantares de gesta (**Bowra, 1961**).

Los Naufragios, de Alvar Núñez Cabeça de Vaca, muestra la liquidación de este tipo de discurso mítico porque narra fracasos. (**Pastor, 1983**) En este texto, la América fabulosa desaparece y deja paso a una presentación más objetiva de la realidad: la tierra ahora aparece inhóspita y la naturaleza hace imposible la vida del hombre blanco. El relato manifiesta una copia del modelo mítico pero el choque con la realidad hace que se degrade de tal modo que Pánfilo de Narváez se convierte en una caricatura de la figura de Cortés, como se aprecia en los capítulos III y IV.

El oro, elemento mítico presente en las crónicas anteriores, pierde su carácter de tal ya que este grupo de hombres no busca ni encuentra oro, sino que busca y necesita comida. La acción se transforma en una lucha desesperada por la supervivencia en la que la búsqueda del alimento suple la de oro.

A partir del capítulo V se asiste a la caída del modelo épico con la muerte del caballo y su posterior uso como alimento. El caballo deja de ser un símbolo de poder y de triunfo militar, ya que con su muerte, el español pierde la imagen y la gloria que este animal le confería. También las armas se desmitifican porque lastiman las espaldas en tan larga caminata y, en el capítulo VII, junto con las ropas y otros bastimentos, son utilizadas para construir navíos. Los elementos de la conquista se transforman en los de la lucha por la vida.

A partir del capítulo X la desunión del grupo es clara. El ejército se reduce y se separa porque cada uno quiere salvar su propia vida. Este es otro rasgo en el que se opone *Los Naufragios* al texto de Cortés, ya que desde aquí la defensa de la honra y del honor desaparece ante la urgencia de salvarse a sí mismo.

El canibalismo, que había sido un tema tratado por otras crónicas, como la de Bernal Díaz del Castillo, para describir la monstruosidad de los indios, en *Los Naufragios* aparece por primera vez referido a los españoles (capítulo XVII), lo que implica una visión crítica de la propia civilización.

Los bandos opuestos de la representación medieval del mundo en este contexto cambian de lugar y este grupo de hombres perdidos prefiere la cultura de los indígenas: los cura, no los mata; aprende y comprende sus valores humanos; y se despoja de sus vestiduras y de todo lo que pueda evidenciar su procedencia ultramarina.

El relato consagra como héroe al hombre que logra sobrevivir frente a la adversidad de la naturaleza americana. En él se opera una transformación interna que asume el fracaso de la conquista y cuestiona los valores de su civilización. En esta nueva representación del mundo, donde la fuerza la ejerce el indio, el otro, los temerosos son los españoles. Los tormentos físicos infringidos por el indio, la desnudez, el hambre cambian la visión acerca de ese hombre americano: ahora se lo concibe igual y diferente a la vez, pero finalmente defendido. La otredad se traslada a la propia civilización occidental ya que la solidaridad que se rompe con el blanco se suelta con el indio.

Se pueden señalar como modelos discursivos de *Los Naufragios* algunos elementos literarios similares a los de muchos romances tradicionales españoles, como las profesías y presagios que actúan como señales indicadoras de futuras desgracias que conducen al héroe hacia su fracaso (Rodríguez Puértolas, 1972), como se lee en el capítulo I. También algunas descripciones remiten a un origen literario debido a los tópicos que se utilizan: abundancia de aves y animales, comparación con ciudades españolas, etc., como la del capítulo VII que hace pensar en una descripción poética porque si no se explica que estos hombres pasaran tanta hambre. Pero, sin duda, la elaboración literaria de este texto reside en la transformación y degradación del modelo épico que plantea una desintegración del héroe medieval, que conlleva a un cambio en la percepción del hombre y del mundo.

Resumen

Héroe épico: consolidación y ruptura

El objetivo de este trabajo consiste en analizar los mecanismos discursivos de consolidación y de ruptura de la figura del héroe y su mundo en algunos textos de la conquista de América.

La concepción medieval del mundo dividido en dos mitades opuestas obliga a los cronistas a ver a los hombres americanos como a un otro distinto y diferenciado, cuya cultura enemiga atenta contra Dios y contra el rey. De este modo, los conquistadores, al igual que los héroes de la Reconquista, no tienen dudas en su accionar y son básica-

mente ordenadores del mundo. Los héroes cristianos no borran el mal sino que lo ponen en su lugar, lo que justifica la lucha y la conquista.

Sin embargo, en *Los Naufragios* se consagra como héroe al hombre que logra sobrevivir frente a la adversidad de la naturaleza americana. En él se opera una transformación interna que asume el fracaso de la conquista y cuestiona los valores de su civilización. La elaboración literaria de este texto reside en la transformación y degradación del modelo épico que plantea una desintegración del modelo épico medieval, lo que conlleva a un cambio en la percepción del hombre y del mundo.

Bibliografía

- Bowra, C. M. (1961). **Heoric Poetry**. London: Mac Millan and Co. Ltd., St. Martin´s Press. New York.
- Henríquez Ureña, Pedro (1966). **Historia de la Cultura en la América Hispánica**. Fondo de Cultura Económica. 8ª edición. México.
- Mignolo, Walter (1981). "El metatexto Historiográfico y la Historiografía Indiana", en **Modern Language Notes**, XCVI, 2 (March), 358-402.
- Pastor, Beatriz (1983) **El discurso narrativo de la conquista de América**. Casa de las Américas. La Habana.
- Rodríguez Puertolas, Julio (1972). "El Romancero, historia de una frustración", en **Philological Quarterly**, 51, 1, January 1972, 85-104.-